

Lo que ha pasado contó.
El padre estaba gozoso
Por ver lo que él deseó
Tan de véras, ya cumplido,
Y aunque al principio pesó
A la emperatriz su madre,
Luego mucho se alegró
Como en lugar de su hijo
Otro sin igual cobró:
Y así de hacer regocijos
Por todo el reino mandó:
Lo que á recibir tocaba
Ella á su cargo tomó,
Para mostrar el contento
Que esta nueva le causó,
Y con muy solemnes fiestas
A sus hijos recibió;
Y cuando para casallos
La hora y tiempo llegó,
En un lecho estando echado
Periana al Febo habló,
Y con saña dura y brava
Quel enojo la cegó,
Le acuerda allí la palabra,
Que á su amada prometió
De no casarse con otra,
Y tambien le remembró
Que mirase ser cristiana
Y que él en su ley nació,
Y esotra ser descreída
Porque nunca en Dios creyó.
Dicele tambien que quiera
A aquella que mas le amó,
Y mire que á Claridiana
Nunca mujer le igualó,
Que en valor y hieldad rara
A esotra mucho excedió;
¿Que porqué tan á las claras
Así la menospreció?
Pues sabe que á quien la agravia
Nunca bien le sucedió,
Porque en ánimo y esfuerzo
Dios sin igual la crió,
Y así, que le hace saber,
Que si alto nombre alcanzó
Entre todos los mortales,
Que ya todo lo perdió,
Porque todas sus hazañas
La presente escureció,
Y que no esté muy gozoso
Si á Claridiana burló,
Pues no fué gloria burlar
A quien mal no mereció,
Y que puede estar seguro,
Si á su señora ofendió,
Que ha de vengar la ofensa;
Y con esto se apartó
Del príncipe, no queriendo
Volver, aunque la llamó,
Y ansina, de pensamientos
Rodeado le dejó.
Comenzó á considerar
Lo que allí le relató
La doncella Periana,
Y á su escudero pidió
Su caballo y armas fuertes
Y prestamente se armó.
Con lijereza no vista
En el caballo subió,
Y con ansia y agonía
Del Catayo se alejó.
Va siguiendo la doncella
Que tanto le alborotó,
Tristísimo, y muy lloroso
Contemplando cómo erró
En faltar así á su amada
La palabra que le dió.

(Rodríguez, Romancero historiado.)

345.

EL CABALLERO DEL FEBO.—VIII.

(De Lucas Rodríguez.)

Con pesadumbre rabiosa
La fiel Periana partía
Del caballero del Febo
Mirando la alevosía,
Pues le faltó la palabra
Que en razon cumplir debía.
Con la gran ira que lleva
Con voz alta en demasia
Le llamaba de traidor,
Perro y falso le decia.
Yendo con este dolor
Hacia Trapisonda guía,
Do la noble Claridiana
Esperándole estaria.
Con la gran priesa que lleva
Muy presto llegado habia:
Fuérase para palacio,
Y cuando por él subia,
Van muchos á la princesa
A decir cómo venia
Su doncella Periana
Porque mucho la queria.
Sale toda alborotada
Hasta saber lo que habia;
Y como vió á su doncella
Con ansia y gran agonía,
La abraza y besa en el rostro
Y á su cámara la envia,
Y como se vió con ella,
Claridiana la pedia
Que le dé cuenta y razon
Del recaudo que traia.
Periana hablar palabra
De turbada no podia,
Que dar tan amargas nuevas
Á su señora temia,
Porque su dolor y pena
Mas que la suya sentia.
Y viéndola así turbada
La princesa la reñia,
Porque no la decie presto
El príncipe, si venia,
O sino qué se habie hecho
Pues ve cuánto la ofendia,
En tardar tanto á contar
Lo que saber pretendia;
La cual con voz lamentable
El successo referia.
Y como lo hubo escuchado
Se quedó casi sin vida,
Viendo ser menospreciada
Por el que su alma tenia.
Arañábase la cara,
Sus vestiduras rompía,
Sus muy alindadas manos
Con rabia y furor torcia,
Y sus labios rubicundos
Los maltrataba y mordía
Con sus cristalinos dientes,
Tanto, que sangre corria
Dellos, en tanta abundancia
Que á gran compasion movia.
Arrancaba sus cabellos,
Sus tocados deshacia,
Dábase de cabezadas,
Cruelmente se heria;
Con suspiros y sollozos
Muchas lágrimas vertia,
Y con voz triste y llorosa,
Que hasta los cielos subia
Decia: — ¡Perro, traidor!
¿Cuándo yo te merecia
Que me diese tan mal pago,
Pues mas que á mí te queria,

Olvidándome por otra
Que ménos que yo valia,
Mora, y mala como tú,
Que nunca á Dios conocia?
Cielo, duelete de mí,
Y aqueste falsario envia
A las furias infernales
A pagar su alevosía;
Y sino, traémele aquí,
Porqué yo le mostraria,
De mi persona á la suya
La maldad que cometia
Haciéndole mil pedazos
Por la maldad que hacia. —
En diciendo estas razones
De su estado se caia;
Dando un mal golpe en el suelo,
Pié ni mano no movia,
Que parece estar difunta,
Porque nada no sentia.
La doncella lastimosa
Tambien le hacie compañía
Amargamente llorando
Porqué tal nueva traia;
Y viéndola desmayada
Un poco de agua vertia
Sobre su jario rostro,
Y cuando ya en sí volvía
Fué con amargo suspiro,
Que parece que queria
Apartarse de su cuerpo
Su alma, segun le envia.
Y cuando ya sosegaba,
Sus ricas armas pedia,
Y su lijero caballo,
De las cuales se vestia,
Y subiendo encima dél
Se parte sin compañía,
Con coraje bravo y fuerte,
Llena de melancolía
A tomar cruda venganza
De quien tan mal la ofendia.
Endereza su camino
A Grecia, donde asistia
El Emperador su padre,
Y adonde saber podria
De su hijo, el grande Febo
Si desposado se habria;
Y en llegando, vió que fiestas
El Emperador hacia
Porque habia dias muy pocos
Que otro hijo le nacia,
Y así se quedara en Grecia
Aguardando si vendria
Su amante cruel á las fiestas,
O sino, le informarian
Los que á ellas viniesen
Lo que á saber pretendia.

(Rodríguez, Romancero historiado.)

346.

EL CABALLERO DEL FEBO.—IX.

(De Lucas Rodríguez.)

Con furia muy desmedida
Y braveza demasiada,
Aquel generoso griego
Va buscando á Periana,
Para ir junto con ella
A ver su primera amada.
Iba triste y pensativo
Con desesperacion brava,
Tan furioso y desabrido,
Que de verdad mucho holgara
Encontrarse con alguno
En quien secutar su saña,
Que por oidos y narices

T. X.

Humo negrisimo echaba,
Y sus ojos parecian
Ser de alguna fina grana:
Llévalos del gran coraje
Mas encendidos que brasa.
Yendo con esta tristeza
A gran priesa caminaba,
Tanto que presto llegó
Orillas del mar, do estaba
Una nao de pescadores
Con la cual se solazaba.
Diceles con muchos ruegos,
Que á su tierra deseada
Quisiesen luego llevarle,
Que su ida serie pagada:
Los cuales por complacerle
Su pedimiento aceptaban.
Ponen velas al navio
Y á remar priesa se daban,
Tanto, que en muy poco tiempo
Fué su tierra devisada;
Y cuando al puerto llegaron,
Su traida regraciada
A la gran Constantinopla
Su camino enderezaba;
En la cual están sus padres
Y toda su alta prosapia,
Y á la cual va muchas veces
Su señora Claridiana.
Y cuando por ella entró
Un grande ruido sonaba;
Y preguntando qué fuese,
Un hombre le declaraba
Que eran unas grandes fiestas
Que su padre hacer mandaba,
Porque le ha nacido un hijo
Que Claramante se llama.
Y como Febo lo oyese
En gran manera se holgaba,
Y con mucha instancia y ruego
A aquel hombre suplicaba
Que unas ricas armas negras
Luego á su poder le traiga,
Porque quiere disfrazado
Entrar en la tal batalla:
El cual cumpliendo su oferta
Se las trae, y él d'ellas se arma
Y guardándole las suyas,
El príncipe caminaba
Donde se hacen las justas,
Y como al campo llegara
Vido que en los miradores
Estaba su linda amada
Con sus muy queridos padres,
Que gran gozo le causara.
Y porque su valentia
Primero fuese mostrada,
Contra un mantenedor
Su caballo enderezaba,
Y el otro por el contrario:
Fuertes encuentros se daban
Aunque del golpe primero
El Febo lo derrocaba.
Tambien derribó otros tres,
Que la justa defensaban,
Y otros muchos caballeros
Que aventureros andaban.
Conócele la princesa
En el jugar de la lanza,
Y en sus fortisimos golpes:
Quítase de la ventana,
Y con armas diferentes
Sale en medio el campo armada;
Vase para el grande Febo
Y d'esta manera le habla:
— Señor, bien habeis mostrado
Vuestro valor, por la lanza.
Ruego y pidoos por merced
Que vaya nuestra batalla

13

A todo rigor y trance,
Para saber si de espada
Sabeis ofender tan bien.—
Y él oyendo su demanda
Le concede lo que pide,
Y un trecho d'ella se aparta
E hiriendo los caballos
Con una furia tamaña,
Sé vinieron á encontrar
Con sus gruesísimas lanzas,
Haciéndolas mil astillas,
Casi no se devisaban:
De caballos y de yelmos
Y de escudos se encontraban
Con tan gran furor y fuerza
Que á todos mucho admiraban.
Mas como son extremados,
Como una fuerte muralla
Se tuvieron en las sillas,
Y con gran rigor y saña
Se daban tan fuertes golpes,
Que los yelmos abollaban,
Y sus armas deshacían
Y sus escudos rajaban:
Con sus extremadas fuerzas
Mortalmente se llagaban,
Tanto, que ya todo el campo
De su sangre rojeaba.
Pasadas eran dos horas,
No se conocía ventaja:
Como si fuera al principio
La batalla comenzaban
Con tan espantosos golpes,
Que ya todos se admiraban
Cómo no estaban deshechos
Segun que se maltrataban.
Pasadas eran tres horas,
Ningun cansancio mostraban,
Y ninguna mejoría
Entre ellos se devisaba:
Mas al cabo de cuatro horas
Que su lid fué comenzada,
Empezaba á desmayar
La princesa Claridiana
Tanto, que ya veían todos
Que había de ser sujetada;
Y como ella esto viese
D' esta suerte á Febo habla.
—¡Desleal, perro, malvado,
Traidor, de mala canalla,
Sin fe, falso y alevoso,
Sin virtud, sin Dios, sin alma,
Malvado! ¿qué te movió
A dejar desamparada
A la que tanto te quiso
Y con firmeza te amaba,
Por otra enemiga mora
De ménos valor y fama,
Pues sabías de tu ley
Ser descreída y malvada?
¡Mira que te pido y mando
Que luego de mí te vayas
Do tu nombre oír no pueda,
Si quieres que yo no vaya
A desesperarme luego!
¡Vete, cruel, sin palabra! —
Y como le hubo hablado
Un tal golpe le asentaba
Que le hizo dar de mano,
Que casi quedó sin habla.
Mas como volvió en sí
Y conoció ser su amada
Aquella á quien ha ofendido
Con su cortadora espada,
Con dolor grande y crecido
De rodillas se hincaba.
Ruégale le dé la muerte
Por la gran maldad que usaba;
Y mostrando mucho enojo

Del príncipe se apartaba
Dejándole pensativo
Viendo como así sacara
La sangre de su señora;
Y esto tanto le penaba,
Que no podía sosegar,
Y así del campo se aparta.
Vase á casa de aquel hombre
Donde sus armas dejara:
Armóse d'ellas muy presto,
Y sin hablar mas palabra
Determina de cumplir
Lo que su amada mandaba,
Y así con dolor terrible
Y la memoria cansada,
Se despide de su huesped
A perder su vida y alma.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

347.

EL CABALLERO DEL FEBO. — X.

(De Lucas Rodriguez.)

Hallábase el alto Apolo
Muy molido y fatigado
De aquella larga carrera
Que por el mundo había dado:
Sus caballos espumantes
Estaban ya tan cansados
Que no pudieran mas dar
Hacia adelante algun paso.
Ya comenzaba á esconder
Sus muy rutilantes rayos
Que doraban este suelo
De un color tan espejado,
Que cada cual en miralle
Quedaba regocijado.
El cielo, que del calor
Del día, estaba hñblado,
Daba muy terribles truenos
Y relámpagos airados,
Y junto d' esto caía
Un granizo entrevelado
Con un agua temerosa
Que era gran dolor y espanto,
Porque parecia ser
Otro diluvio llegado,
Cuando aquel ilustre Febo
Caminaba muy penado
Maldiciendo su ventura
Que le ha puesto en tal estado,
Permitiendo cruelmente
Que muera desesperado.
Quejábbase de sí mismo
Porque todo lo ha causado,
Pues cometió el aleve
Con su descanso y regalo.
Acusaba á su fortuna,
Que le diera aquel reinado
Tan real y poderoso
Para ser mas infamado,
Pues la gran maldad que hizo
Lo tenia todo borrado,
Dandó la mayor caída
Que nunca hombre había dado,
Pues le convenia ir
A morir desesperado.
Para agradar su señora
Iba á cumplir su mandado.
Con grandes lloros y quejas
Toda la noche ha pasado,
Hasta que en amaneciendo
Riberas del mar se ha hallado,
Adonde vió que un navio
Estaba á un mástil atado.
No vido gente ninguna
De quien pueda ser mandado,
Y así con mucho contento
Del caballo se ha arrojado,

348.

EL CABALLERO DEL FEBO. — XI.

(De Lucas Rodriguez.)

Aquel magnánimo Febo,
Que morir determinaba
En aquella triste tierra
Fragosa y deshabitada,
Luego que se vido en ella
Con gran dolor de su alma,
Quita la silla al caballo
Y sus jaeces de plata;
Y como si él lo sintiera
De aquesta manera le habla:
— ¡Oh caballo venturoso,
Cuando en compañía andabas
De aquel príncipe potente
Que del Catayo se llama,
Y agora por gran desdicha
Con esta triste compañía
Que tantas veces por tí
De sus contrarios triunfaba,
Por ser el mas extremado
Que en todo el mundo se halla!
Quédate adios, porque voy
A recibir muerte brava,
Para dar contento á aquella
Que en todo me rige y manda.—
Y como lo hubo hablado
Con gran priesa caminaba
A buscar aquel demonio
Y mover con él batalla.
El caballo es muy fiel,
D'él un punto no se aparta;
Mas el Febo con las riendas
Crudamente le azotaba,
Aunque con algun dolor
Porque en extremo le amaba,
Y con el dolor que siente
Por el campo se apartaba,
Dejando al príncipe solo,
Que tiernamente lloraba
Su mala fortuna y suerte,
Pues tan cruel se mostraba;
Y así comenzó á subir
Por una áspera montañía
De arboleda tan crecida,
Que parecia que llegaba
Con sus fines á las nubes,
Segun estaba encumbrada.
Con grandísimo trabajo
Ya tres horas se pasaban
Que el príncipe la subía,
Y nunca al fin la llegaba,
Hasta que al cabo de cuatro
Encima d'ella se halla.
En ella vido una peña
De jarales rodeada,
Y mas abajo un gran campo,
Donde aquel demonio estaba
Allí comenzó á pensar
Si peleará con su espada;
Parecióle cosa injusta
Pues que la sangre sacara
Con ella de su princesa
Que á otro ninguno tocara,
Y ménos á un animal
De tan mala y vil canalla.
Porque á ninguno viniese
Procuraba de quebralla,
Y la punta con la cruz
Muchas veces le juntaba;
Mas no la pudo quebrar
Segun era de extremada.
Y como el Febo esto viese
Con su fuerza mas que humana
La tomó con ambos brazos,
Y en la peña la hincaba,

Y metiéndose con él
El navio ha desatado.
Pero aun no lo hubo bien hecho
Cuando se quedó admirado,
Porque con gran lijereza
El navio ha caminado,
Sin que pueda ver de quien
Pudiese ser gobernado:
Pero bien entendió luego
Ser el navio encantado.
Daba tan veloz corrida
Que parecia ir volando,
El cual de mantenimientos
Halló estar aparejado;
Y á cabo de pocos días
Una tierra ha devisado
De arboledas abundosas,
Que la estaban lustre dando,
Aunque vido estar sus casas,
Y castillos derribados.
Deseaba ver alguno
Por poder ser informado,
Cuya fuese aquella tierra,
Y quien la hubiese assolado.
Yendo con esta congoja
Un grande ruido ha sonado,
Y volviendo la cabeza
Vido que era un grande barco
En el cual un caballero
Iba apriesa navegando.
Pídele por cortesía,
Que le sea declarado
Qué tierra fuese aquella,
Y quién tan mal la ha parado.
El cual como era cortes
D' esta suerte ha razonado:
— Sabed, gentil caballero,
Que este lugar es llamado
La insula solitaria,
Porque ántes fué poblado,
Y agora por gran desastre
De ninguno es habitado,
Porque un animal feroz
Dicho endemoniado Fauno,
El mas robusto y furioso
Que en el mundo se ha hallado,
Se ha criado dentro de él,
Y él es quien lo ha arruinado,
Echando por tierra todo
Cuanto fuera fabricado.
Matando sus moradores,
A ninguno ha perdonado,
Sino fuera á los que huyendo
A otras tierras se pasaron,
De suerte, que de ninguno
Este pueblo está ocupado,
Si no es de aquel demonio
Que tanto mal ha causado.—
Y con esto se despide,
Que está de miedo temblando.
Dale Febo muchas gracias
Per la cuenta que le ha dado,
Y como se paró á pensar,
Entre sí ha determinado
De acabar allí su vida,
Que allí lo vie aparejado.
Con su amado Cornerino
Del rico barco ha saltado;
El cual con gran lijereza
De la tierra se ha apartado,
Quedando el potente Febo
Muy confuso y admirado,
Porque vió aquel barco ser
Por arte mágica obrado,
Que del sabio Lirgandeo
De continuo era guiado,
Porque como era su amigo
Sus hechos tomaba á cargo.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

Dando tan terrible golpe,
Que hasta la cruz la pasa,
Y con un clavo que halló
Unas letras señalaba,
Que como se iba a morir
Decían y declaraban:
También la causa y por qué
En él escrito dejaba.
E yéndose a un grande roble
Un fuerte tronco desgaja
Y con él se va a buscar
Aquella fiera animalia,
Y a cabo de poco rato
La vido que estaba echada
Durmiendo en el duro suelo,
De catadura tan brava,
Que pensó que en el infierno
No hubiera vision mas brava.
Y encomendándose a Dios,
Muy junto a él se acercaba.
El cual como oyó el ruido
Presuroso se levanta,
Y como vido al Febo,
Con una furia endiablada
Arremete para él;
Mas el príncipe le aguarda
Con su fudoso baston,
Y en él un golpe descarga,
Tal, que su dura cabeza
Agramente le maltrata,
Porque la boca y narices
Mucha sangre derramaba,
Y con el dolor que siente
Terribles bramidos daba.
Vuelve con ansiosa furia,
Y al príncipe le acertaba
Con su mano un tan gran golpe,
Que muy mal lo maltrataba,
Porque sus agudas uñas
En su cuerpo le apretaba.
Vuelve el príncipe furioso,
Acrecentando su saña,
Y encima de la cabeza
Tan gran golpe le asentaba,
Que los cascos y cabeza
Todos los desmenuzara,
Y los sesos esparcidos
Por los hombros le saltaban.
Y ansina dejó allí muerta
Aquella bestia endiablada,
Y dando gracias a Dios
En el suelo se sentaba
Para poder descansar
Del dolor que le aquejaba,
Y se quedó allí haciendo
Vida muy desesperada,
Comiendo de algunas frutas
Y de yerbas que allí hallaba,
Denegrido ya del sol,
Que gran compasión causaba
A cualquiera que lo viera,
Segun que mudado estaba:
Y tan flaco y amarillo,
Que su muerte se acercaba,
Y con el cabello largo
Que á salvaje semejava.
Quéjase de su querida,
Que tan gran crueldad usara;
Y también de sí, que fué
De su mal la mayor causa.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

349.

EL CABALLERO DEL FEBO. — XII.

(De Lucas Rodriguez.)

Aquel alto emperador
Que tenia á su mandar

La mayor parte del mundo,
Poderoso por la mar:
Aquella ilustre raiz
De do pudo dimanar
La princesa Lindabrides,
En hermosura sin par,
Y padre también que fué
Del príncipe Meridian,
De la burla que le hizo Febo
Tanto esfuerzo fué a tomar,
Que con cólera encendida
Envió a desafiar
Al emperador su padre,
Enviándole a avisar
Que se aperciba de gente,
Y que procure juntar
A todos sus valedores,
Porque él quiere allá pasar
Para dale cruda guerra,
Y d'ella no se apartar
Hasta que abraze su tierra
Y toda la cristiandad,
Porque con tan grande aleva
El Febo le fué a burlar,
Menospreciando su hija
Que con él quería casar.
El emperador Trebacio
Mandó luego pregonar
La guerra por todo el reino
Y también envió a llamar
A sus parientes y amigos
Que le vengan a ayudar.
La princesa Claridiana,
Como supo la verdad,
Que su Febo tan querido
Su fe no fuera a faltar,
Pues tan gran copia de gente
Contra él manda juntar
Su padre de Lindabrides
Para su maldad vengar.
Por una parte está alegre
Viendo cómo fué a engañar
Aquella mora enemiga,
Que la hacía penosa andar,
Y por otra está muy triste
Porque así fué a desterrar
A su muy querido amante.
Sin alguna culpa hallar:
Y con la pena que siente
Se comienza apriesa a armar,
Y subiendo en su caballo
Va su príncipe a buscar
Con su doncella Periana
Que la fuera a acompañar.
Iba dando mil suspiros
Que era para apiadar
A cualquiera que la viera,
Segun hacía de llorar:
Y al cabo de cuatro dias
Al puerto fuera a llegar
Donde vió que un grande barco
Acababa de parar.
Vió que d'el un caballero
En tierra quería saltar,
Que era aquel que al grande Febo
Quiso tanto gusto dar
De decir, que tierra fuese
En la que'l fuera habitar.
Al cual con muy grandes ruegos
Le empieza de suplicar
Le diga si acaso ha visto
Algun caballero andar
Por la mar, con unas armas
De un pescado de estimar:
A la cual el caballero
Le responde sin tardar:
Qu'el vió a ese que pregunta
En una insula entrar
Llamada deshabitada,

Porque no se puede hallar
Hombre ni edificio en pié,
Que todo lo fué a asolar
Un endemoniado Fauno
De braveza singular,
Y que dentro fué a vivir
Y su vida allí a acabar.
Como Claridiana oyese
Nuevas de tanto pesar,
Le pide que le dé el barco
Para podelle buscar,
Porque el alma de su amigo
Se pudiese remediar.
El otro, que es comedido,
El barco le fué a dejar,
Y despidiéndose d'ella,
Con presteza desigual
El gran barco fué movido
Por el recio gobernar
De los diestros marineros
Sin un momento parar,
Tanto, que a los quince dias
Pudo muy bien divisar
La isla deshabitada,
Y en ella tierra tomar.
Y como en tierra saltó,
Sin el yelmo se quitar,
Al caballo Cornerino
Viera por allí andar,
Y la silla polvorosa
En el suelo vido estar;
Y viendo esotro caballo
Empezó de relinchar,
Porque mas había de un año
Que otro no pudo topar.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

350.

EL CABALLERO DEL FEBO. — XIII.

(De Lucas Rodriguez.)

Ya suspira la princesa
Ya empieza de sollozar

Eutendiendo que era muerto
El Febo que va a buscar.
Prosiguiendo su camino
Un bulto vió levantar:
Parecióle que era fiera
O algun feroz animal.
Y aunque llega junto al Febo
Nunca le quiere hablar
Ni decirle cosa alguna
Hasta saber de verdad
Si es su príncipe querido
Con quien se piensa casar.
Háblale con gran tristeza
Empezando a preguntar
Si ha visto algun caballero
En aquella insula estar:
Y como él la conoció,
Sin un momento parar
La abrazaba fuertemente
Con un recio lamentar.
Ella le conoce luego
Y empieza de gritos dar:
El suspira, y ella gime
Que era cosa de notar,
Que casi por media hora
No se pudieron hablar:
Y en habiendo descansado
De tan terrible penar,
Le cuentan lo que ha pasado
Por la tierra y por la mar.
Caminan para su tierra
A las bodas celebrar,
Donde con gran regocijo
Y alegría singular
Se celebró el desposorio
Con grande solemnidad.
Todos dan gracias a Dios
Porque les dejó llegar
A tener tanto contento
Sobre tan duro penar.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRÓNICAS BRETONAS.

351.

LANAROTE DEL LAGO. — I.

(Anónimo.)

Tres hijuelos había el Rey,
Tres hijuelos, que no mas;
Por enojo que hubo de ellos
Todos malditos los ha.
El uno se tornó ciervo,
El otro se tornó can,
El otro que se hizo moro,
Pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
Entre las damas holgando,
Grandes voces dió la una:
— Caballero, estad parado:
Si fuese la mi ventura,
Cumplido fuese mi hado
Que yo casase con vos,
Y vos conmigo de grado,
Y me diésedes en arras
Aquel ciervo del pié blanco.
— Dároslo he yo, mi señora,
De corazon y de grado,
Si supiese yo las tierras

Donde el ciervo era criado. —
Ya cabalga Lanzarote,
Ya cabalga y va su via,
Delante de sí llevaba
Los sabuesos por la trailla.
Llegado había a una ermita,
Donde un ermitaño había:
— Dios te salve, el hombre bueno.
— Buena sea tu venida:
Cazador me pareceis
En los sabuesos que traia.
— Dígame tú, el ermitaño,
Tú que haces santa vida,
Ese ciervo del pié blanco
¿Dónde hace su manida?
— Quedaos aquí, mi hijo,
Hasta que sea de dia,
Contaros he lo que vi,
Y todo lo que sabia.
Por aquí pasó esta noche
Dos horas antes del dia,
Siete leones con él
Y una leona parida.
Siete condes deja muertos,
Y mucha caballería.
Siempre Dios te guarde, hijo.